

MAR CARRIÓN

Cuando vuelva a encontrarte



*Cuando vuelva
a encontrarte*

Mar Carrión

Esencia/Planeta

© Mar Carrión, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: © Joshua Newton - Unsplash
y © Ollyy - Shutterstock
© Fotografía de la autora: archivo de la autora

Primera edición: marzo de 2019
ISBN: 978-84-08-20540-1
Depósito legal: B. 3.634-2019
Composición: Planeta Realización
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Nueva York, veintitrés años después

Nueva York era una ciudad de recuerdos. Algunos eran malos, los peores de su vida, pero otros eran buenos. Los mejores. Hacía muchísimos años que no visitaba la ciudad, ocho en concreto, pero tan pronto como puso los pies en el aeropuerto JFK tuvo la sensación de que nunca se había ido de allí.

Durante el trayecto en taxi hacia su hotel, cada edificio, cada calle, cada establecimiento, cada sonido e incluso cada olor que le llegaba a través de la ventanilla abierta del vehículo estaba impregnado de recuerdos que comenzaron a removerle las emociones. Pensó que en cuanto deshiciera la maleta y se pusiera a repasar sus notas los ánimos se le calmarían y todo volvería a su ser, pero no fue así. No podía desconectar la mente de esa marea agitada que le había ido inundando el corazón.

Era un viaje relámpago para atender un par de asuntos con dos clientes potenciales de la compañía. No iba a entretenerse mucho tiempo. Tenía programadas un par de reuniones por la mañana, una por la tarde y otra más a la mañana siguiente antes de coger su vuelo de regreso a Chicago. Pan comido. Estaba deseando darles carpetazo a esas soporíferas reuniones para pasar al siguiente tema. Aunque lo que le aguardaba después eran más aburridas e interminables negociaciones. Se había

pasado los últimos ocho años dedicándose a su profesión en Londres sin cuestionarse lo poco que la motivaba. La desempeñaba y punto. Pero desde que había regresado a Estados Unidos notaba un constante desasosiego, una persistente necesidad de mandarlo todo al cuerno. Un intenso deseo de plantarse delante de su padre y decirle que abandonaba el barco y que le importaban un pimiento las consecuencias.

Exhaló el aire pesadamente y se llenó los pulmones con el oxígeno limpio de la habitación de su hotel. Se cambió de ropa, se colocó los zapatos de tacón y agarró su cartera de cuero.

Y puso el piloto automático.

La reunión de la tarde terminó antes de lo previsto y le dejó tiempo libre antes de la hora de la cena. No sabía muy bien en qué emplearlo. Se le ocurrió que podría dar una vuelta por la Sexta Avenida para estirar las piernas y aprovechar para hacer unas cuantas compras. Había pensado en adquirir nuevos utensilios de pintura y que alguien experto en la materia la pusiera al corriente de los últimos productos que habían ido apareciendo en el mercado. Estaba tan oxidada... Hacía siglos que no pintaba nada decente. ¿Habría alguna tienda de arte en la Sexta? Habría un montón. Se le pasó una idea por la cabeza, pero la apartó al instante por considerarla absurda. Y entonces regresó con más fuerza.

La tienda de Colette.

¿Existiría todavía? Bueno, por consultarlo en internet no perdía nada. Se quitó los zapatos de tacón, que lanzó bien lejos, y movió los dedos de los pies mientras hacía la búsqueda en su teléfono móvil. Sí, todavía existía. La inquietud volvió a agitarle las entrañas. Era una tontería viajar hasta Brooklyn sólo para hacer unas compras que podía realizar perfectamente en Manhattan, en la misma calle en la que estaba hospedada, y aun

así... Pensó en la increíble sorpresa que se llevaría Colette si la veía aparecer por la tienda después de tantos años. Se le curvaron los labios. A ella también le haría mucha ilusión volver a verla.

Estaba indecisa. Regresar a Brooklyn iba a llevar consigo una avalancha de recuerdos nostálgicos. Mucho más que moverse por Manhattan. ¿Era necesario? No, pero desde que la tienda de Colette había cruzado por su mente ya no podía pensar en otra cosa.

Habló con recepción y pidió que pusieran a su disposición un coche de alquiler. Se conocía el camino a Brooklyn como la palma de la mano, lo había hecho tantas veces en el pasado... La agobiaba el ajetreo del transporte público, y como la empresa no escatimaba en gastos iba a aprovecharse de ello.

Mientras recorría el puente de Brooklyn con el aire veraniego agitándole el cabello y los rayos de un sol ya tardío coloreando de oro los edificios, la invadió una sensación de libertad tremenda que se mezcló con la inevitable nostalgia. Y es que nunca se había sentido tan libre como en aquella época ya tan lejana, mientras residía allí, en el vecindario de Sunset Park.

La tienda de Colette estaba muy cerca, en Borough Park. Se fijó en que el distrito no había cambiado casi nada. Los mismos negocios, las mismas calles tranquilas... Estacionó el coche frente a la puerta y se quedó mirando el establecimiento antes de apearse. Los ladrillos de la fachada conservaban la tonalidad escarlata, y también seguía allí el rótulo blanco con letras negras que anunciaba el fructífero negocio. El enorme cerezo continuaba frente a la entrada.

Tomó aire y salió del coche.

El olor a barniz, a pintura y a disolventes le anegó las fosas nasales nada más poner un pie en el interior. Maravilloso aro-

ma. Había dos clientes que ya estaban siendo atendidos por una dependienta joven a la que no conocía, y también por Colette. Alice la observó desde el fondo de la tienda y apreció los cambios físicos que el paso del tiempo había obrado en ella. Las canas campaban a sus anchas por su cabello oscuro y había arrugas gestuales mucho más pronunciadas que antaño, pero sus ojos marrones tenían la misma expresión amable y risueña. Con la salida del cliente al que atendía, Colette se la quedó mirando con síntomas de reconocimiento y Alice esbozó una leve sonrisa mientras se acercaba a ella.

—¿Alice Mathews?

—La misma. Hola, Colette.

—¡Demonios! —La mujer salió de detrás del mostrador—. ¿Cuánto tiempo hace que...?

—Poco más de ocho años. —Colette la encerró entre sus rechonchos brazos, expresando mucha más alegría de la esperada, ya que la relación que las había unido en el pasado no había sido tan íntima. Alice acudía a realizar sus compras y la mujer le daba conversación, eso era todo—. ¿Cómo estás?

—Oh, ¡yo estoy genial! Dime, ¿dónde te has metido todo este tiempo? —La agarró por las muñecas con la sonrisa ensanchada—. ¡Estás espléndida, cariño!

—Tuve que marcharme a Londres precipitadamente y ni siquiera pude despedirme. —Miró a su alrededor e inspiró el olor característico con ilusión. En el interior tampoco se habían producido cambios aparentes—. Me alegro mucho de que la tienda siga funcionando igual de bien.

—Me vi obligada a contratar a una ayudanta, así que no puedo quejarme. Cuéntame, ¿qué te trae por la gran ciudad? ¿Vives aquí?

—No, sólo he venido a atender unos asuntos de trabajo. Ma-

ñana tengo que regresar a Chicago. Ahora vivo allí. —Le contó que hacía poco tiempo que había regresado de Londres—. No quería marcharme sin antes hacerte una visita. Además, necesito un montón de materiales de pintura. —Sonrió.

—¡Así que continuas pintando!

—Sí, yo... Bueno, lo dejé durante un tiempo porque el trabajo me absorbía mucho, pero... estoy pensando en retomar las viejas costumbres.

—Pintabas unos cuadros preciosos.

—Gracias, Colette.

Una vez, Alice le había enseñado algunas fotografías de su trabajo para que la ayudara a escoger nuevos colores y nuevas texturas con las que ensayar, y había descubierto que Colette no era simplemente la dueña de un establecimiento que vendía material de bellas artes, sino que además entendía muchísimo del tema. Estaba al día de los nuevos artículos y las tendencias que iban surgiendo en el mercado.

—Me gustaría echarles un vistazo a tus catálogos y que me asesoraras. Ando un poco perdida.

—Oh, por supuesto que sí, cariño.

La mujer le soltó las manos y acudió detrás del mostrador. De la estantería que había en la pared frontal cogió dos volúmenes que depositó sobre el mármol. Alice se acercó para ojearlos al tiempo que un par de clientes entraban en la tienda.

—Aquí los tienes. Tómate el tiempo que quieras, y cualquier duda que te surja me interrumpes.

Colette se dispuso a atender a uno de los recién llegados y Alice comenzó a pasar las hojas. A medida que se adentraba en el fascinante mundo de las pinturas, los barnices, los lienzos y los pinceles, notó una explosión de emoción que le agitó la respiración. Estaba excitada. A veces, en sus momentos más oscu-

ros y de desánimo, había creído que jamás volvería a ser capaz de pintar. Pero ahora creía que sí. Su pasión por el arte había florecido de nuevo. La vocecilla interior que la animaba a agarrar de nuevo un pincel había vuelto a hablarle.

En cuanto Colette se quedó libre volvió a atenderla. Alice había hecho una lista de los productos más básicos que necesitaba para comenzar, pero tenía un montón de preguntas que hacerle sobre los que le resultaban más novedosos.

—Nunca llegué a pintar con la marca Rembrandt. Comencé utilizando Van Gogh y luego me pasé a Amsterdam. ¿Me la recomiendas?

—Es un poco más grasa, necesitarías utilizar algo más de secativo de cobalto para acelerar el secado. Pero se consiguen muy buenos resultados. Ten, te regalo una muestra para que la pruebes.

—Oh, muchas gracias, Colette.

—No se merecen.

Con expresión sonriente, la mujer fue colocando con cuidado en una bolsa de papel cartón todos los productos que iba localizando.

—¡Por cierto! —Colette abrió mucho los ojos al tiempo que se dirigía a uno de los estantes que había a su derecha—. ¿Qué tal te va con aquel chico tan guapo que a veces te acompañaba a la tienda? Supongo que estaréis juntos, se os veía tan enamorados...

Alice se demudó. No pudo evitar ponerse seria y que un pinchazo doloroso, como el de un alfiler clavándosele en el corazón, la dejara momentáneamente sin palabras. La mujer se dio cuenta.

—Oh, cariño, perdóname si he sido indiscreta. No quería incomodarte.

—No te preocupes, es sólo que... No he vuelto a verlo desde que me marché a Londres.

Tomó aire y forzó una sonrisa. Como no quería darle la oportunidad de que hiciera más preguntas sobre ese tema, desvió la atención hacia el catálogo y aprovechó el repentino silencio para pedirle asesoramiento acerca de más productos.

Algunos minutos después, abandonó el establecimiento cargando con dos bolsas repletas de todo tipo de materiales. Seguro que no utilizaría ni la mitad, pero no había podido evitar encapricharse de todo cuanto había visto.

Mientras atravesaba Borough Park en busca del desvío hacia la Decimotercera Avenida, vio una señal que indicaba que para ir a Sunset Park había que seguir recto. Fue como si la señal le hablase.

«Sigue recto. Sigue la flecha.»

Tras un breve titubeo, se pasó el desvío de regreso a Manhattan y continuó por la calle Cincuenta y Dos. Tan pronto como penetró en su antiguo barrio, la nostalgia contra la que peleaba desde que había aterrizado en Nueva York se hizo mucho más fuerte.

Con las manos bien aferradas al volante y la mandíbula apretada, observó que Sunset Park era tal y como permanecía en sus recuerdos. Edificios bajos de ladrillo oscuro, casas unifamiliares de fachadas rojizas, hileras de árboles flanqueando las calzadas... Algunos negocios eran nuevos, pero la gran mayoría continuaban siendo los mismos. La inercia, o tal vez la necesidad de seguir enfrentándose a sus fantasmas, la guio hacia la calle Cuarenta y Cinco. Dejó atrás la zona de *brownstones* tan características de Brooklyn y sintió un pellizco en el alma cuando sus ojos se toparon con el viejo edificio de tres plantas, con la escalera de incendios que afeaba la fachada, con la tien-

da de móviles de la planta baja y con la cafetería de paredes de color rosa que había en la esquina.

Detuvo el coche con la única intención de echar un rápido vistazo al exterior y después seguir con su camino, pero lo que hizo fue girar el volante y estacionar en un hueco que había allí mismo. Y luego se apeó. Desde la acera de enfrente, alzó la cabeza hacia la tercera planta y observó las estrechas ventanas. Los recuerdos comenzaron a multiplicarse. Fogonazos y más fogonazos que no había manera de parar. Eran tan reales, tan cercanos en la memoria, que sólo un pequeño puente separaba la distancia entre su vida actual y la que había vivido ocho años atrás. Y decidió cruzarlo. Tenía que hacerlo.

Atravesó la calle, pulsó el botón del timbre y aguardó.

La puerta se abrió con un bramido electrónico y Alice penetró en el interior. El aire oxigenado del exterior se vio reemplazado por el olor húmedo y mohoso del antiguo edificio. En la penumbra, atisbó la familiar distribución del portal. La escalera estaba al fondo, los buzones a la derecha, y a la izquierda el mostrador de madera. El hombre enjuto y encorvado que se hallaba sentado detrás la observó ceñudo, pero su cerebro estaba tan remojado en alcohol que Alice dudaba que la reconociera. Jamás habría imaginado que el señor Stevens continuara desempeñando su trabajo de portero. Sus ojos castaños estaban más hundidos que antaño y apenas le quedaba algo de cabello. Junto a un paquete de folios tenía la botella de vodka. Tampoco eso había cambiado.

—Buenos días. —Alice saludó con amabilidad y se aproximó. El hombre inclinó la cabeza para corresponderla—. Quisiera hacerle una pregunta. Verá, hace unos cuantos años, bastantes en realidad, estuve residiendo en el apartamento tercero derecha. Pasaba por aquí por casualidad y me ha surgido la duda de si actualmente hay alguien viviendo en él.

—¿Dice que era el tercero derecha? —Su voz cavernosa y demasiado alta retumbó en el pequeño portal. Era tan desagradable como el olor a alcohol de su aliento.

—Así es.

—Está desocupado desde hace un par de semanas. ¿Quiere alquilarlo?

—No, yo... Bueno, quizá —mintió—. Pero antes me gustaría verlo, claro.

—Eso tiene fácil arreglo. Cojo las llaves y subimos.

El hombre se volvió para buscarlas en un armario metálico que había a su espalda.

—Disculpe, pero si no es mucho inconveniente preferiría subir sola. Ya conozco el apartamento, por lo que no tiene que enseñármelo. Sólo quería... ver en qué condiciones está. —Trataba de sonar natural y espontánea.

—Siempre acompaño a las personas que vienen a ver los pisos, señorita, es parte de mi trabajo. Sin embargo, voy a hacer una excepción con usted. Hoy me he levantado con la maldita artritis jodiéndome las rodillas y no soy capaz de subir más de tres peldaños seguidos. Estoy esperando a que pongan un ascensor, pero la gentuza del ayuntamiento está demasiado ocupada en vaciarnos las carteras con sus malditos impuestos en lugar de facilitarnos la vida a los enfermos —blasfemó. Al volverse de nuevo para apoderarse de la llave estuvo a punto de derribar la botella de vodka—. Tenga.

Alice tomó la llave de su flacucha mano y le dio las gracias.

Mientras ascendía por la añeja y sombría escalera se preguntó dónde demonios pretendía el portero que se colocara el ascensor. Tendrían que derribar el edificio entero para acoplarlo.

El aspecto general se veía más deteriorado. Había manchas

de humedad en las paredes, la barandilla necesitaba una mano urgente de pintura y había suciedad acumulada en los rincones que formaban los escalones. Tenía la sensación de que el abandono obedecía al alcohol más que a la artritis.

Se plantó ante la puerta del apartamento y metió la llave en la cerradura. Los goznes gruñeron al abrirse y el aire viciado del interior le anegó las fosas nasales. Alice metió las manos en los bolsillos de su chaqueta y se quedó mirando las baldosas de color café, el minúsculo pasillo y las puertas carcomidas que conducían al resto de las habitaciones. Tomó aire y se quedó allí quieta. No dio un paso adelante hasta asegurarse de que podría lidiar con el huracán de emociones que se le echó encima.

Finalmente, entró y cerró la puerta a su espalda. Se dirigió al salón y lo observó desde el umbral. Como si fuera la espectadora de una película en la que ella misma era la protagonista, se vio sentada frente a un bastidor, junto a la ventana. Tenía una expresión risueña mientras imprimía dinámicos trazos al lienzo. Jake estaba sentado en el sofá marrón de tres plazas —aunque ahora estaba tapizado en verde hierba—, los pies descalzos sobre la mesa y la guitarra acústica sobre el regazo, arrancándole acordes deliciosos que acompañaba con su voz templada de roquero.

Salvo una lámpara de pie que había en un rincón y la tapicería del sofá, el mobiliario continuaba siendo el mismo, incluso las cortinas blancas con florecillas azules, que de tan largas como eran descansaban en el suelo. Alguno de los inquilinos posteriores les había hecho un dobladillo.

La imagen le hirió las retinas y tuvo que cerrar los ojos para hacerla desaparecer. Se volvió y vio la cocina con el rabillo del ojo. Más recuerdos. Evocó las pizzas y las hamburguesas, los perritos calientes y los postres de mascarpone con galleta y

mermelada que comían con fruición allí mismo, en la mesa que cojeaba y que Jake calzaba con una servilleta doblada.

Se asomó al que había sido el dormitorio de él hasta que se convirtió en el de los dos. La cama seguía ubicada bajo la ventana y ahora estaba cubierta con un edredón de color rojo. Casi como si acabara de tumbarse, pudo sentir el tacto del colchón amoldándose bajo su cuerpo cada vez que él se acoplaba sobre ella. Y revivió los besos, y las caricias, y el azul intenso de sus ojos enamorándole el alma.

Un nudo de emoción le apretó la garganta y ya no quiso inspeccionar nada más. Necesitaba salir de allí y regresar cuanto antes a su zona de confort. Erin siempre decía que todo el mundo tendía a idealizar las historias de amor inacabadas. Quizá tuviera razón, pero eso no importaba. La única realidad era que Wayne Mathews había truncado la suya con Jake, y no tenía claro que algún día cesara de dolerle.

Dejó escapar un suspiro entrecortado y salió del apartamento sin mirar atrás. La tristeza era tan profunda que había arañado sus antiguas aunque perpetuas cicatrices. El señor Stevens le preguntó si quería alquilar el apartamento y ella negó con la cabeza sin apenas detenerse. Alice había dado por hecho que todo el tiempo que había pasado en Londres había servido para mitigar el odio que llegó a sentir hacia su padre, pero acababa de descubrir que sólo lo había cubierto con capas y más capas de resignación.

Tardó en sentirse un poco mejor.